

VISITA A VENEZUELA

Encuentro con Rectores, Directores espirituales y Formadores

Casa Cristo Rey de El Hatillo

Domingo 7 de julio de 2019

✠ Jorge Carlos **Patrón Wong**
Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero

EL CUIDADO DE LOS PROCESOS FORMATIVOS

I. Las etapas formativas en el Seminario

A) Unidad de la formación sacerdotal

Quisiera mostrar a cada uno de ustedes **un horizonte hermoso**. Mirar al horizonte nos ayuda a percibir el conjunto del paisaje y produce siempre una sensación de paz. Así también es importante, de vez en cuando, asomarse al conjunto de la vida sacerdotal para apreciar su unidad y dar los pasos que corresponden en el presente conscientemente, con serenidad y paz.

La aventura del seguimiento de Jesús en la vida presbiteral inicia ordinariamente en el seno de una familia y de una parroquia. Es sano reconocer y amar ese fondo misterioso en el que se tejió nuestra existencia y permanece a lo largo de la vida como fundamento de nuestro modo de ser. Después despunta, en la intimidad del corazón, una inquietud vocacional que va tomando forma a través de la catequesis y el acompañamiento hasta que llegamos a tomar una primera decisión por el sacerdocio. Esta decisión madura a lo largo de la formación inicial, se va haciendo más firme, hasta que llega a ser definitiva y pública en la ordenación sacerdotal. Pero la ordenación es más un punto de partida que una meta, inicia entonces un proceso complejo y largo al que llamamos formación permanente. Quisiera desglosar un poco más los primeros pasos de este camino que todos hemos vivido.

El primer momento nos remite a **la infancia**, naturalmente situada en una familia y en un ambiente social. Allá, en el amor de nuestros padres y en los orígenes de nuestra vida ya existía una raíz vocacional. Algunos tienen un recuerdo más amable, otros experimentaron dificultades. Pero cualquiera que haya sido la situación, debe ser leída a la luz de la fe, es decir, de la certeza de que Cristo vive y de que somos profunda y definitivamente amados por el Padre. Este volver a los orígenes para interpretarlos desde el amor, es un ejercicio que ocurre durante toda la vida, pero se hace especialmente intenso durante los años del seminario. Se trata de recordar, de dialogar con tus padres, de reconstruir la historia, hasta que brota, de lo más profundo del corazón, un canto de gratitud. Esta experiencia es maravillosa, pero sobre todo es necesaria para poder servir en el ministerio sacerdotal, pues, ¿Cómo va a guiar en la fe a una comunidad un hombre incapaz de leer desde la fe su propia historia?

El segundo momento viene caracterizado por el despuntar de **una inquietud vocacional**. Ésta puede tener características muy diversas: a veces brota de una profunda sensibilidad social, surge del buen ejemplo de un sacerdote o de un seminarista, o nace al calor de la escucha atenta de la Palabra de Dios. La inquietud vocacional suele darse en un contexto eclesial determinado: un grupo juvenil, un movimiento eclesial, una parroquia. Algunos fueron acólitos de pequeños y desde niños consideraron la posibilidad de ser sacerdotes; otros, en cambio, jamás habían considerado esta vocación, pero descubrieron con emoción la necesidad de buenos sacerdotes. El común denominador es que la primera inquietud es siempre parcial, en el sentido de que hay una percepción incompleta del ministerio sacerdotal y por ello requiere de catequesis vocacional, de un conocimiento más directo del sacerdocio, de una participación más viva en la comunidad eclesial.

El tercer momento corresponde al **acompañamiento vocacional**. Aquí los recuerdos son más nítidos. Está la imagen de personas concretas que nos dedicaron su tiempo y tomaron en serio nuestras balbuceantes confidencias: un sacerdote, una religiosa, un profesor del colegio... Además bien pronto nos encontramos con un grupo formado por otros que experimentaban una inquietud similar. A partir de este acompañamiento personal y grupal se fue clarificando el tema hasta ser capaces de un primer discernimiento de la vocación. De este momento cada quien puede rescatar criterios claros y referencias vivas, que perdurarán a lo largo de la vida.

De esta manera llega el momento del **ingreso al seminario**. Traspasa las puertas de esta institución un joven lleno de esperanza, con una intuición en el corazón y una gran necesidad de aprender, pues, por cercano que haya sido a la comunidad cristiana, toma conciencia de que necesita conocer mejor al Señor, a la Iglesia y también el ministerio sacerdotal que ha elegido. Así, lo que parecía un punto de llegada se transforma inmediatamente en el inicio de un proceso de clarificación, acompañamiento y discernimiento vocacional. Se trata de un inicio, pero esto no quiere decir que lo vivido anteriormente sea vano. Al contrario, hay elementos que ya estuvieron presentes y tendrán una gran importancia a lo largo del proceso formativo inicial. Hagamos un breve recuento:

- a) **La pertenencia a una familia.** Casi sin darnos cuenta, aplicamos a la comunidad del Seminario los modos de relación y de funcionamiento de nuestras propias familias. No es raro que se utilice la palabra «casa» para designar al Seminario y que entre los seminaristas comiencen a llamarse unos a otros «hermanos». Se establece pronto un círculo hermenéutico entre la familia de origen y la comunidad educativa, donde elementos de la vida familiar guían nuestro comportamiento comunitario y elementos de la vida comunitaria enmiendan errores aprendidos en la familia. Sería tremendo que una comunidad conflictiva no hiciese sino repetir e incluso agravar los conflictos no afrontados provenientes de la familia.
- b) **La participación en un grupo eclesial.** La participación de los adolescentes y jóvenes en un grupo eclesial forma parte del proceso de identificación que toda persona necesita hacer. Allí se transmiten valores de primer orden y se aprenden actitudes de carácter evangélico como el trabajo anónimo, la comprensión hacia los demás, la disponibilidad a aprender unos de otros y el trabajo en equipo. Estos valores se ponen en práctica con mucha frecuencia en el Seminario, estableciendo un nuevo círculo interpretativo, que nos enseña a conducirnos en la comunidad cristiana.

- c) **La oración personal**, el amor al silencio y principalmente la meditación de la Palabra de Dios. Aunque haya sido incipiente, esta raíz hunde sus raíces en el origen mismo de la propia fe. En múltiples ocasiones el seminarista, y luego el sacerdote, volverá a la fuente de esta experiencia fundante de toda la vida espiritual, profundizando y ampliando, en una espiral siempre creciente, su personal relación con el Señor. Junto a ello, también participará en la oración comunitaria y litúrgica, alcanzando profundas resonancias en las fibras más íntimas del corazón.
- d) **El acompañamiento**. Sobre todo me refiero a la disponibilidad para confiar en los demás y, consecuentemente, dejarse acompañar. Esta actitud fundamental tiene su raíz más antigua en la relación con nuestros padres y maestros; después, en el vínculo establecido en los grupos de apostolado, especialmente con algún sacerdote. Más adelante, en la experiencia de la dirección espiritual.
- e) **La disponibilidad para el servicio**. El humilde servicio es el criterio más importante para el discernimiento vocacional. Cualquier vocación es un llamado para servir a ejemplo de Jesús, que no ha venido a ser servido, sino a entregar su vida, tomando la condición del esclavo. El proceso formativo en el seminario debe implicar un continuo crecimiento en auténticas actitudes de servicio que dan un cauce de realización a la capacidad oblativa presente en cada uno de nosotros y característica de la edad adulta. Aquí tienen relevancia los ejemplos de sacrificio de sí mismo que hemos contemplado en la intimidad de nuestras familias y en nuestra primera experiencia de la Iglesia. Las actitudes de humilde servicio nos acercan a los pobres, destinatarios privilegiados de la evangelización.
- f) **La comunión y la obediencia**. Durante el tiempo previo al ingreso en el Seminario todos hemos experimentado, en alguna medida, el valor de la comunión y la exigencia de obediencia que conlleva. Saberse unir a los demás pese a las diferencias ideológicas y culturales, estar dispuestos a sumar con los otros y a realizar un proyecto que no es solo personal, sino que busca el bien de la comunidad. La comunión y la obediencia serán después dos características esenciales del ministerio presbiteral.

Después del ingreso al Seminario, comienza la **formación inicial**, en la cual se da un proceso de maduración de la opción vocacional. La formación inicial se puede dividir en dos grandes momentos: el discipular y el configurativo. No se trata de compartimientos cerrados, sino de un solo proceso que es progresivo y acumulativo.

Es progresivo porque un paso requiere necesariamente el precedente, el cual funciona como base sobre la cual se construye la nueva experiencia. De esta manera, no se puede pensar en una formación específica para el sacerdocio si faltara una sólida base humana y cristiana, espiritual y moral, personal y comunitaria, que se consigue durante los primeros años de la formación.

Es acumulativo porque los retos que se proponen a los seminaristas en cada una de las etapas nunca se ven cumplidos del todo, sino que permanecen como tales retos o desafíos a lo largo de toda la vida, de modo que siempre debemos estar dispuestos a aprender y a re-aprender la vida discipular y la configuración con Cristo.

De esta manera llegamos al punto más interesante. Si así son las cosas, todo aprendizaje y toda experiencia en la formación inicial, **posee una raíz** en la propia historia de vida personal

y en el origen de nuestra fe, y, al mismo tiempo, **se proyecta** en la futura vida sacerdotal en la forma de fidelidad al propio ministerio sacerdotal.

B) El proceso discipular

Concepto de discipulado. *Discípulo es aquél que ha sido llamado por el Señor a «estar con Él» (Mc 3,14) y a convertirse en misionero del Evangelio. El discípulo aprende cotidianamente a entrar en los secretos del Reino de Dios, viviendo una relación profunda con Jesús. Este “permanecer” con Cristo implica un camino pedagógico-espiritual, que transforma la existencia, para ser testimonio de su amor en el mundo (RFIS, 61).*

Evidentemente este «estar con el Señor» y convertirse en misionero del Evangelio no se aprende de una vez para siempre, nunca es una realidad conseguida, porque consiste más bien en un continuo ponerse en camino. Por eso se dice: *«aprende cotidianamente»*. Lo que se establece no es una cualidad personal y mucho menos la posesión de un título, sino un modo de vida, que continuará planteando un desafío a la persona a lo largo de toda su existencia, especialmente en el ministerio presbiteral. Sin embargo, entrar en este camino y hacerlo con su sentido de definitividad, es absolutamente necesario para que se pueda emprender estrictamente la formación sacerdotal. Sería una terrible contradicción que un sacerdote no fuese discípulo ni misionero del Evangelio, o que sus actitudes mostraran una distancia profunda respecto al ejemplo de vida de Jesús.

El camino discipular se vive particularmente a partir de la escucha de la Palabra del Maestro, es decir, en la escuela del Evangelio. Y después por la participación en la vida de la comunidad cristiana, que llega a su punto más alto en la vida sacramental. Todo ello lleva al discípulo al aprendizaje del arte del discernimiento, que consiste en hallar la voluntad de Dios en las realidades cotidianas de la vida.

El Curso propedéutico constituye un primer paso en el camino discipular. *Pretende una preparación de carácter introductorio, con el objetivo de discernir la conveniencia de continuar la formación sacerdotal o, emprender un camino de vida diverso... Esta etapa propedéutica es indispensable y tiene su propia especificidad. El objetivo principal consiste en colocar las bases sólidas para la vida espiritual y favorecer un mejor conocimiento de sí que permita el desarrollo personal (RFIS, 59). En todo caso deberá tratarse de un verdadero y propio tiempo de discernimiento vocacional, realizado en el contexto de una vida comunitaria, y de una iniciación a las etapas sucesivas de la formación inicial (RFIS, 60).*

Se trata de una etapa muy abierta a la posibilidad de no ser llamado al ministerio sacerdotal. Por ello es importante que los frutos del curso propedéutico sean percibidos por el mismo seminarista como un bien para su vida, más allá de la opción por el sacerdocio. Si se observan los objetivos: *«colocar las bases de la vida espiritual y favorecer un mejor conocimiento de sí que permita el desarrollo personal»*, se trata de bienes deseables para cualquier joven cristiano, especialmente para los jóvenes actuales. Un factor importante es el conocimiento no solo teórico, sino también existencial, del sacerdocio y de sacerdotes concretos. El primer discernimiento que se ha realizado mediante el acompañamiento vocacional, aquí es profundizado, hasta llegar a una clara opción por proseguir en el camino hacia el sacerdocio. En el Curso propedéutico la palabra clave es «introducción», consecuentemente en cada una de las dimensiones:

- **Dimensión espiritual.** Introducción al silencio, a la oración personal, particularmente a la meditación de la Palabra de Dios, a la vida sacramental y a la oración litúrgica de la Iglesia, a la interpretación creyente de los acontecimientos.
- **Dimensión humana.** Introducción al conocimiento de sí mismo, llegando a identificar las principales virtudes y los principales defectos existentes en la propia personalidad, a la vida comunitaria y a un reconocimiento más objetivo de los valores de la propia familia y del ambiente social de origen.
- **Dimensión intelectual.** Introducción a la Sagrada Escritura, al Catecismo de la Iglesia Católica, a la actualidad del sacerdocio católico y atención diligente a todo aquello que pueda preparar al candidato para los estudios filosóficos y teológicos.
- **Dimensión pastoral.** Introducción a la vida apostólica de la Iglesia, afirmación del sentido de pertenencia a la comunidad cristiana y al servicio evangélico, especialmente a los pobres, como referencia para el discernimiento vocacional.

La etapa discipular o filosófica busca *arraigar al seminarista en el seguimiento de Cristo, escuchando su Palabra, conservándola en el corazón y poniéndola en práctica. Este tiempo específico se caracteriza por la formación del discípulo de Jesús destinado a ser pastor, con un especial cuidado de la dimensión humana, en armonía con el crecimiento espiritual, ayudando al seminarista a madurar la decisión definitiva de seguir al Señor en el sacerdocio ministerial y en la vivencia de los consejos evangélicos, según las modalidades propias de esta etapa* (RFIS, 62).

Es una etapa especialmente centrada en la formación del hombre y del cristiano, que después se formará más específicamente para ser sacerdote. El fruto de esta etapa es una opción firme por el sacerdocio. «Firme» significa que es sustentada por la vida cristiana que ya está viviendo el seminarista y que no surgen dudas notables sobre la voluntad de consagrarse a Dios en el ministerio presbiteral.

Este momento formativo [...] permite, con la apertura al Espíritu Santo, un trabajo sistemático sobre la personalidad de los seminaristas. Durante el proceso de la formación sacerdotal jamás se insistirá suficientemente sobre la importancia de la formación humana; la santidad de un presbítero, de hecho, se injerta en ella y depende, en gran parte, de su autenticidad y de su madurez humana. La carencia de una personalidad bien estructurada y equilibrada se constituye en un serio y objetivo impedimento para la continuidad de la formación para el sacerdocio (RFIS, 63).

Si durante el curso propedéutico el seminarista se hizo consciente de las características objetivas de su personalidad, durante la etapa discipular se pretende trabajar sistemáticamente sobre esas características a fin de potenciar las virtudes y de afrontar adecuadamente los defectos. Aquí, si se juzga conveniente, puede ser de gran ayuda la intervención de un psicólogo o de un médico, o de otros especialistas.

Al finalizar la etapa de los estudios filosóficos, o discipular, el seminarista, conseguida una libertad y una madurez interior adecuadas, debería disponer de los instrumentos necesarios para iniciar, con serenidad y gozo, el camino que lo conducirá hacia una mayor configuración con Cristo en la vocación al ministerio ordenado (RFIS, 67).

El resultado final de la etapa discipular es un hombre libre, discípulo del Señor y misionero del Evangelio para toda la vida, bien dispuesto a dedicarse solventemente a la

formación sacerdotal. Este resultado se consigue con la ayuda de la gracia y trabajando sistemáticamente en cada una de las dimensiones formativas:

- **Dimensión espiritual.** La oración con la Palabra de Dios ocupa durante estos tres años efectivamente el centro de su vida, haciendo del seminarista un verdadero discípulo. Junto a la Palabra, el alimento de la Eucaristía y de la vida sacramental junto a la oración litúrgica de la Iglesia. Esta experiencia de fe lleva al seminarista, junto a la formación filosófica, a hacer una lectura y una interpretación cristiana de los acontecimientos y de toda la realidad.
- **Dimensión humana.** Trabajo, lo más sistemático posible, sobre la propia personalidad que hace del seminarista una persona consciente de sí mismo y de no haber ocultado nada importante en el acompañamiento.
- **Dimensión intelectual.** Formación filosófica y complementaria amplia, que permite al seminarista una visión crítica de la realidad y le ayuda a fundamentar más solidamente sus convicciones de fe. La formación filosófica incide en la vida espiritual llevando al seminarista a juicios más ponderados y creyentes sobre Dios, el hombre y el mundo.
- **Dimensión pastoral.** Aprendizaje de todo el proceso de la iniciación cristiana, donde el seminarista encuentra un espacio para compartir su fe y para ayudar a otros en su proceso de iniciación discipular y misionera.

C) El proceso de configuración con Cristo Pastor

Concepto de configuración. Durante este período *la formación se concentra en el proceso de configuración del seminarista con Cristo, Pastor y Siervo, para que, unido a Él, pueda hacer de la propia vida un don de sí para los demás. Dicha configuración exige entrar con profundidad en la contemplación de la Persona de Jesucristo, Hijo predilecto del Padre, enviado como Pastor del Pueblo de Dios. La práctica de la contemplación hace que la relación con Cristo sea más íntima y personal y, al mismo tiempo, favorece el conocimiento y la aceptación de la identidad presbiteral* (RFIS, 68).

La configuración con Cristo es un objetivo de la vida espiritual de todo cristiano. Se trata de un camino de unión mística con el Señor, que se traduce en la vida práctica en consolación espiritual y certeza de estar haciendo la voluntad de Dios en las circunstancias concretas de la propia vida y vocación. Todo camino místico conlleva y exige una contraparte ascética, es decir, el esfuerzo que el hombre pone para secundar los dones de la gracia.

Ahora bien, en el caso de la vocación sacerdotal, esta configuración tiene cierta complejidad, que se refleja en cuatro aspectos del misterio de Cristo con los cuales ha de configurarse, primero el seminarista y, a lo largo de toda su vida, el sacerdote. Detengámonos un poco en cada uno de estos rasgos:

- **Cristo Siervo.** Este primer rasgo enlaza fuertemente con la iniciación cristiana y la vida discipular. El Señor no ha venido para ser servido, sino para servir y dar la vida (Cf. Mt 20, 26-28). Se identificó con el enigmático personaje de los cantos del siervo del profeta Isaías, e invitó a sus discípulos a adoptar la posición extrema del esclavo. San Pablo, comparándose con aquellos que llamaba «super apóstoles», se designa a sí mismo como «siervo» y «esclavo», demostrando así la autenticidad de

su ministerio apostólico (Cf. 2 Cor 11, 5-15). Es claro que el humilde servicio es un criterio de discernimiento central en la vida cristiana, pero también es central en el ministerio sacerdotal. Los primeros cristianos aplicaron la figura del siervo a Jesús y a los pastores (1 Pe 2, 21-25). El primer paso en la configuración espiritual con Cristo es convencerse de haber sido llamado para el servicio y asumir humildemente esta encomienda, excluyendo toda pretensión y toda búsqueda de privilegios.

- Cristo Pastor. Este segundo rasgo es nuclear, La imagen del pastor tiene una profunda raíz en el Antiguo Testamento. Los tres grandes personajes de la historia sagrada: Abrahán, Moisés y David, fueron sacados de detrás del rebaño para conducir al pueblo de Dios. En la tradición profética se hace un análisis crítico de la figura del pastor y del comportamiento de los malos pastores y se consigna la promesa de que Dios mismo pastoreará a su pueblo, a través de pastores que obren justamente, según su corazón (Jer 3, 15). Jesús retomó esta tradición para explicar su propio ministerio, cercano a los pobres y a los pecadores, por medio de la parábola del pastor que sale en busca de la oveja perdida (Lc 15, 1-10). Los primeros cristianos aplicaron a Jesús (1 Pe 2, 25) y al ministerio presbiteral (1 Pe 5, 1; Hech 20, 17-38) la imagen del pastor. Un segundo paso en el camino de la configuración mística con Cristo es reproducir los sentimientos del pastor, que siente la ausencia de la oveja perdida y sale a buscarla sin descansar hasta que la encuentra. Pastor es quien sale a buscar a las ovejas, las defiende de las fieras salvajes, las cura y las alimenta, las reúne en un solo rebaño. No es un asalariado, no busca sus propios intereses, no se instala en la comodidad.
- Cristo Sacerdote. El tercer rasgo se refiere al oficio sacerdotal. Aunque Jesús no perteneció a una familia sacerdotal, realizó con toda autoridad la purificación del Templo de Jerusalén (Jn 2, 13ss) y su misterio pascual fue interpretado por la Carta a los Hebreos desde la figura sacerdotal. Decir que Cristo es víctima, sacerdote y altar y aplicar estos conceptos al sacerdote significa dibujar una verdadera espiritualidad sacerdotal, caracterizada por el don definitivo de sí mismo hasta la muerte y por la unión sacrificial con el Señor crucificado y resucitado. El sacerdote vive con especial profundidad la capacidad humana de oblación, inmola su vida cada día repitiendo en primera persona las palabras de la consagración y realiza este proyecto a través de toda su actividad ministerial.
- Cristo Cabeza. Por último, está el rasgo de Cristo Cabeza. Va al final porque supone todo lo anterior. El reconocimiento de la autoridad del presbítero no debe ser interpretado ni utilizado como un pretexto para satisfacer los propios deseos de poder. Recientemente el Card. Nichols, arzobispo de Westminster, decía en un Congreso vocacional organizado por la Congregación para el Clero: *El modelo de la autoridad de Cristo implica dos aspectos: es para poner en práctica la voluntad del Padre, y para ejercer la autoridad siempre como humilde servicio. Este es el ser cabeza de Cristo con el cual todo presbítero debe configurarse.* Es evidente que este último rasgo supone e implica los anteriores. Y es que la autoridad en la Iglesia siempre está marcada por los ejemplos de Cristo y desde ella debe ser interpretada. De esta manera, también el servicio de autoridad se convierte en un cauce para la configuración espiritual con Cristo y por ello en un rasgo de la espiritualidad sacerdotal.

Evidentemente el proceso de configuración con Cristo Siervo, Pastor, Sacerdote y Cabeza no se puede completar durante los años de la teología. Estamos hablando de un camino de vida. Pero se debe trabajar asiduamente en la formación y específicamente en la dirección espiritual para que este fin se pueda conseguir. Por ello hay que decir que durante la etapa teológica no hay tiempo que perder. Todo el contenido de la formación, especialmente el estudio sistemático de la teología, ayuda a la vida discipular y a la configuración con Cristo. Desde este punto de vista se comprende bien el párrafo siguiente de la *Ratio Fundamentalis*:

La etapa de los estudios teológicos, o configuradora, se ordena de modo específico a la formación espiritual propia del presbítero, donde la conformación progresiva con Cristo hace emerger en la vida del discípulo los sentimientos y las actitudes propias del Hijo de Dios; y a la vez, lo introduce en el aprendizaje de una vida presbiteral, animada por el deseo y sostenida por la capacidad de ofrecerse a sí mismo en el cuidado pastoral del Pueblo de Dios. Esta etapa facilita un arraigo gradual en la personalidad del Buen Pastor, que conoce a sus ovejas, entrega la vida por ellas y va en busca de las que permanecen fuera del redil (cf. Jn 10, 17) (RFIS, 69).

Conviene poner atención al concepto de formación del hombre interior. Se trata de reproducir los sentimientos y actitudes del Hijo, es decir, su interioridad. Porque lo más importante en la vida sacerdotal es lo que el sacerdote vive y no lo que hace. La doble expresión «sentimientos y las actitudes» constituye una descripción de la vida interior, donde el presbítero encuentra su verdadera y profunda identidad. De ahí brotará después la actividad apostólica, que no se valorará, como hace el mundo, con el rasero del éxito, sino en la medida en que sea auténtica expresión de un corazón sacerdotal.

Sobre la base del hombre interior, también es oportuno plantear durante la etapa teológica el desarrollo moral: *El contenido de esta etapa es exigente y fuertemente comprometedor. Se requiere una responsabilidad constante en la vivencia de las virtudes cardinales, las virtudes teologales y los consejos evangélicos, siendo dócil a la acción de Dios mediante los dones del Espíritu Santo, desde una perspectiva netamente presbiteral y misionera, junto a una gradual relectura de la propia historia personal, en la que se descubra el crecimiento de un perfil coherente de caridad pastoral, que anima, forma y motiva la vida del presbítero.*

Lo primero es la responsabilidad sobre la propia formación. Un seminarista que ha llegado a esta altura del proceso, debe dedicar sus energías de un modo efectivo a la formación. Ya ha pasado la época de los tanteos y de las pruebas. Ahora se trata de comprometerse seriamente. Así adquiere sentido el rito de la admisión entre los candidatos a las órdenes. Se trata de un compromiso público que el seminarista asume convirtiéndose en protagonista de la propia formación. Luego se habla de las virtudes cardinales y teologales y de los consejos evangélicos, que se concretan en la pobreza sacerdotal, el celibato sacerdotal y la obediencia al Obispo. Queda claro que un seminarista de teología debe ya ser una persona virtuosa, con una conciencia moral suficientemente desarrollada y una capacidad clara de asumir responsabilidades. Si no fuese así ¿Cómo se podría confiar a estas personas la conducción del pueblo de Dios?

Un acompañamiento adecuado podría constatar que la llamada que un joven pensaba haber recibido, aunque haya sido reconocida durante la primera etapa, no sea en realidad una vocación al sacerdocio ministerial, o no haya sido adecuadamente cultivada. En tal caso, por propia iniciativa o después de una intervención autorizada de los formadores, el

seminarista deberá interrumpir el camino formativo hacia la ordenación presbiteral (RFIS, 72).

Este último párrafo deja un espacio, incluso al final de la formación, al discernimiento vocacional. No es lo deseable, que después de ocho o diez años de Seminario un joven se vea en la tesitura de abandonar el proyecto de vida sacerdotal. Pero si esto ocurriera, se apela a la madurez de la fe del propio seminarista, que no busca solo su propia realización, sino el bien de la Iglesia.

La etapa pastoral o de síntesis vocacional

Es la etapa que está menos estructurada en la mayoría de las diócesis. Existen experiencias muy diversas, que se pueden clasificar en tres tipos. a) Los diáconos que viven en el Seminario, a veces cursando un quinto año de teología y reciben la ordenación presbiteral sin pasar por una parroquia. b) Los diáconos que comparten la vivienda común en una casa destinada para tal efecto y se insertan en diversos campos de apostolado. c) Los seminaristas que, habiendo terminado el cuarto año de teología, son destinados a una comunidad en la diócesis, donde un sacerdote los acompaña y donde reciben la ordenación diaconal y presbiteral.

También varía la duración de la etapa. En el primer caso, tiende a ser más breve; en el tercer caso, tiende a ser más larga. Varía, finalmente, el responsable del acompañamiento que, en el primer caso es el Rector o un formador del Seminario, y en los otros casos suele ser el Rector u otro sacerdote designado por el Obispo, pero en colaboración con el párroco o con el responsable del apostolado en que se inserta el candidato.

Veamos ahora cómo define la Ratio Fundamentalis esta etapa: incluye el período entre el fin de la estancia en el Seminario y la ordenación presbiteral, pasando obviamente a través de la recepción del diaconado. La finalidad de esta etapa es doble: se trata, por un lado, de insertarse en la vida pastoral, mediante una gradual asunción de responsabilidades, con espíritu de servicio; por otro lado, de esforzarse por una adecuada preparación, recibiendo un acompañamiento específico con vistas a la recepción del presbiterado. En esta etapa el candidato es invitado a declarar de modo libre, consciente y definitivo la propia voluntad de ser presbítero, después de haber recibido la ordenación diaconal (RFIS, 74).

La finalidad de la etapa es triple. Por un lado, está la inserción en la realidad pastoral y en el presbiterio. Este elemento con frecuencia no es fácil de vivir, pues el candidato se enfrenta con realidades que no eran contempladas desde la vida del Seminario. Por otro lado, el seminarista en esta situación tiene el reto de mantener en medio de la vida pastoral los medios que ha aprendido para el cuidado de cada una de las dimensiones formativas. Estamos en el umbral de la formación permanente. Cuando el candidato ha vivido períodos previos de inserción pastoral suele ser más fácil. A veces falla el acompañamiento, pues no todos los párrocos tienen la sensibilidad o están preparados para hacerlo.

Una segunda finalidad es la preparación a la recepción de las órdenes, que es sobre todo una preparación espiritual, que implica hacer una síntesis de todo el proceso formativo para emprender una etapa nueva como sacerdote. Además, es necesario que el candidato haga los ejercicios espirituales que están prescritos en cada caso, y procure una meditación profunda de los ritos de la ordenación diaconal y sacerdotal, tan ricos en contenido espiritual y ministerial.

La tercera finalidad es el discernimiento vocacional. Es importante aclarar que si

hubiese un retraso en la fecha de la ordenación diaconal o presbiteral, tal retraso ha de ser percibido e interpretado positivamente, como una oportunidad para la propia maduración integral. La solicitud de puño y letra que debe entregar al Obispo al pedir el diaconado y el presbiterado exigen un verdadero y profundo discernimiento vocacional, que permite que el candidato haga una opción definitiva. Es frecuente que los candidatos experimenten un efecto de vértigo ante los pasos definitivos. Todo ello requiere profundidad espiritual y acompañamiento.

En las Iglesias particulares existe una gran variedad de experiencias y corresponde a las Conferencias Episcopales determinar los procesos formativos para la ordenación diaconal y presbiteral. Comúnmente, esta etapa se realiza fuera del edificio del Seminario, al menos por un tiempo considerable. Este período, que por norma se vive en el servicio a una comunidad, puede incidir significativamente en la personalidad del candidato. Se recomienda, por ello, que el párroco, u otro responsable de la realidad pastoral que acoge al seminarista, sea consciente de la responsabilidad formativa que recibe y lo acompañe en su gradual inserción (RFIS, 75).

La ordenación diaconal y presbiteral. Como conclusión del ciclo formativo del Seminario, los formadores deben ayudar al candidato a aceptar con docilidad la decisión que el Obispo tome sobre él. Aquellos que reciben el Sagrado Orden necesitan una conveniente preparación, especialmente de carácter espiritual. El espíritu orante, fundado en la relación con la persona de Jesús, y el encuentro con figuras sacerdotales ejemplares, acompañen la meditación asidua de los ritos de la ordenación, que, en las oraciones y en los gestos litúrgicos, sintetizan y expresan el profundo significado del sacramento del Orden en la Iglesia (RFIS, 77).

Enlace con la formación permanente. A partir de la ordenación presbiteral, el proceso formativo prosigue dentro de la familia del presbiterio. Es competencia propia del Obispo, ayudado por sus colaboradores, introducir a los nuevos presbíteros en las dinámicas propias de la formación permanente (RFIS, 79).

✠ Jorge Carlos **Patrón Wong**
Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero